

Cuentachistes y predicadores en el Parque Centenario de Cartagena: un modo de habitar y recorrer la ciudad*

Sindy Cardona Puello
Karen Rivera Feria
Universidad de Cartagena

Resumen

Este ensayo¹ propone repensar los modos como los sujetos populares en Cartagena de Indias se apropian de los lugares en la ciudad y cómo con sus usos les otorgan significados nuevos. A partir de la narración de chistes y la predicación del evangelio que distintos personajes llevan a cabo en el parque Centenario, verificaremos algunas de las formas en que los actores sociales intervienen la ciudad desde la vida cotidiana, alterando con sus recorridos y desvíos el proyecto urbanístico de los planificadores oficiales. Las prácticas culturales en las que nos centramos hacen parte de una ritualidad urbana en la que sus miembros habitan e intervienen de manera colectiva el parque Centenario y con él un fragmento de la ciudad, propiciando de esta manera otros espacios de interacción y afiliación social, en el contexto urbano.

Palabras clave: ciudad, espacio, lugar, intervención de la ciudad, recorridos y desvíos, tácticas, estrategias, usos y sentidos.

Abstract

This essay pretends to rethink the ways in which the common inhabitants of Cartagena de Indias take the places of the city for themselves, and how they give these places new meanings with the use they have of them. Beginning with the joke telling activity and the preaching of the Gospel that make different characters in the Centenario park, we will verify some of the ways in which the social actors intervene the city from the daily life, altering- with their tours and detours - the urban project the official planners have. The cultural practices in which we focus on belong to an urban ritual in which its members -as a whole- inhabit and intervene at the Centenario park, and hence at a fragment of the city, allowing in this way other interaction contexts and social integration in the urban context.

Key Words: city, area, place, city intervention, tours and detours, tactics, strategies, uses and senses.

Ya es un lugar común considerar que el proceso de urbanización de las ciudades, acelerado por la modernización y la industrialización, sea el culpable de la extinción de sitios de encuentro cálido y directo con el otro o de sitios que generen sentidos a sus ocupantes para que se sientan verdaderos habitantes de la ciudad y no simples usuarios que viven en ella. Jordi Borja, por ejemplo, dice que “la deformación del urbanismo funcionalista combinando zoning y privatización, caricatura perversa del movimiento moderno, crea una nueva imagen de “ciudad emergente” en la que las piezas, la arquitectura de los objetos mercancías, sustituye la ciudad del intercambio y la

* Joke Tellers and Preachers in the Centenario Park in Cartagena: A Way to Live and Tour around the City.

¹ El texto es resultado de nuestras investigaciones y discusiones en el semillero de Ceilika, sede Cartagena, y se deriva de nuestro trabajo de grado titulado *Cuentachistes y predicadores en el parque Centenario: usos y sentidos del espacio público*. Universidad de Cartagena, Facultad de Ciencias Humanas, junio de 2007.

diversidad” (Borja, 2001). Sin embargo, este mismo autor reconoce que la urbanización de las ciudades no implica necesariamente la negación o desaparición de estas dinámicas de intercambio y diversidad y plantea que hay que hacer del espacio público el hilo de Ariadna que nos conduzca por lugares productores de sentido.

Aunque la fragmentación, el aumento de las distancias espaciales y sociales y la rapidez del flujo son la nota predominante en el ambiente urbano de las ciudades de hoy², aún se están generando espacios en los que se posibilita el encuentro, el intercambio o ciertas dinámicas de interacción que permiten la conformación de nuevas redes de amistad y de socialidad. Esto ocurre porque la ciudad no siempre corresponde con el proyecto urbanístico de los sectores políticos oficiales, sino que está a merced de los movimientos contradictorios que se compensan y se combinan fuera del poder panóptico (De Certeau, 1996).

El proyecto urbanístico moderno pretende hacer de la ciudad un lugar libre de “contaminaciones físicas, mentales o políticas” (1996:106) que puedan comprometer el orden, un lugar para el flujo y no para el detenimiento ni los tumultos. Pero los sujetos sociales que habitan la ciudad son quienes la construyen con su cotidianidad; alteran los planes de dicho proyecto urbanístico, se apropian de manera diferente de los lugares de la ciudad y con sus recorridos crean un mapa alterno al margen del plano oficial.

La ciudad de Cartagena, y en especial su centro histórico, constituyen un claro ejemplo de estos movimientos contradictorios que se generan en el interior del contexto urbano. En Cartagena existe un imaginario hegemónico de ciudad turística propiciado por los grupos que ostentan el poder económico, social y político, por ello se ve sometida constantemente a procesos de embellecimiento y restauración de sus edificaciones, plazas y parques para ser vendida a nivel nacional e internacional como un sitio paradisíaco o un moderno complejo turístico. Sin embargo, hay ciertas plazas y parques ubicados en la zona céntrica que escapan del control panóptico de esa visión hegemónica y cuyos usos remiten a una ciudad otra, donde los habitantes crean sus propios lazos de relaciones con la urbe sin importar que no correspondan con el discurso oficial.

Así sucede por ejemplo, con el espacio donde se centra nuestra atención aquí. El parque Centenario (ubicado en el centro histórico de la ciudad entre el Camellón de los Mártires al norte y la calle de la Independencia al sur), según el discurso oficial, es un lugar importante dentro de la historia de Cartagena por representar un homenaje a los cien años de su independencia; incluso en sus inicios fue concebido como un espacio marcador de distinción social³ por parte de las élites económicas, políticas y raciales.

² Para el antropólogo Manuel Delgado la ciudad no es lo urbano. “La ciudad es una composición espacial definida por la alta densidad poblacional y el asentamiento de un amplio conjunto de construcciones estables”, mientras que “lo urbano es un estilo de vida marcado por la proliferación de urdimbres relacionales deslocalizadas y precarias” que puede darse o no en la ciudad. Delgado, Manuel (1999). *El Animal Público*. Barcelona: Anagrama.

³ Cielo Puello plantea que la recuperación de las plazas y la construcción de monumentos adelantados a partir de 1911 fue uno de los hechos que significó para las élites la entrada de la ciudad en la modernidad y que además ponía a funcionar simbólicamente una historia contada desde las élites blancas, masculinas, donde fue negado el papel protagónico de negros, mulatos, indígenas y de las mujeres. Afirma también que ya existía el intento por parte de la élite de restringir el acceso y los comportamientos de los miembros de los grupos populares en la plaza. Puello Sarabia, Cielo. *La construcción de una imagen:*

Sin embargo hoy el parque es un espacio público despojado en gran parte de toda esa carga simbólica; ahora es un lugar donde concurren una variedad de actores sociales que, con sus distintos usos y prácticas le otorgan nuevos sentidos.

La actuación de los cuentachistes⁴ y la predicación del evangelio⁵ que tienen lugar alrededor del Obelisco en las horas de la tarde son dos de estas prácticas que, lejos de tener un carácter esporádico, hacen parte de la vida o dinámicas propias del parque y de un amplio grupo de habitantes de Cartagena.

Aunque asistir al parque a escuchar a los cuentachistes o a los predicadores son prácticas culturales importantes, no han sido abordadas aún desde un enfoque investigativo. Ni los académicos, ni los grupos de poder sociopolítico se han interesado tampoco en conocer el discurso que cuentachistes y predicadores manejan acerca de la situación en la que ellos participan. Es por ello que uno de los propósitos que persigue este trabajo es introducir estos rituales urbanos como objeto de discusión y análisis en el ámbito académico.

La pertinencia de su estudio radica en que al analizar las relaciones sociales más pequeñas podemos conocer los modos de interactuar y de crear redes de socialidad creadas desde la subalternidad que aún tienen lugar en las sociedades urbanas contemporáneas. Esto contribuye a su vez a tener un mayor conocimiento de las dinámicas socioculturales que se llevan a cabo en nuestra ciudad. No en vano De Certeau considera que “hay que hacer un seguimiento de las prácticas microbianas, singulares y plurales que no pueden ser controladas o eliminadas por la administración panóptica y que se refuerzan en una ilegitimidad proliferadora, combinada según tácticas ilegibles pero estables al punto de constituir regulaciones cotidianas. (1996:108).

De la legitimidad de la élite a la “ilegitimidad” de lo popular

El parque Centenario fue inaugurado el 11 de noviembre de 1911 con el objetivo de conmemorar los cien años de independencia de la ciudad de Cartagena; convirtiéndose “en el punto de referencia clave para el ordenamiento espacial de la ciudad y la definición del centro urbano en el siglo XX” (Casas, 1994). Pero más que un reconocimiento a las personas que lograron realmente dicha gesta, lo que el parque representaba era un signo de la fuerza modernizadora de una élite social que pretendía poner a la ciudad a tono con los últimos tiempos.

El parque Centenario hacía parte de la red monumental con la que la élite cartagenera aspiraba a embellecer la ciudad y a fortalecer la identidad heroica. El Parque durante sus primeros años era más un marcador de distinción social que un sitio de encuentro para

análisis del discurso fotográfico como estrategia de auto-representación de la élite cartagenera 1900-1930. Cartagena, 2005. Tesis de grado. Universidad de Cartagena. Facultad de Ciencias Humanas.

⁴ Edgar Julio Martínez y Edelberto Geles son dos cuentachistes callejeros conocidos popularmente como *El Uso Carruso* y *El Cuchilla Geles*, respectivamente. Desde hace aproximadamente catorce años se dedican a contar chistes en varios sitios públicos de Cartagena, entre ellos el parque Centenario, lugar de origen y foco principal de su actividad.

⁵ Dilson Álvarez y Edilsa María Arias son dos predicadores evangélicos que, desde hace aproximadamente tres años, anuncian la palabra de Dios en el parque Centenario de Cartagena. Generalmente realizan su predicación en las horas de la tarde, a pocos pasos del lugar donde los cuentachistes llevan a cabo su puesta en escena.

el pueblo, que era visto como lo “otro”, lo “negro”, lo “popular”, un estorbo para ese proyecto de ciudad moderna que la élite cartagenera de la época pretendía legitimar. Los sujetos que hacían parte de las clases populares eran tratados como elementos que afeaban la ciudad, por tanto:

[Había] que confinarlos a sus espacios; en los espacios públicos, donde se establecen los símbolos identitarios, representativos de la ciudad, ellos no tienen participación. La mayoría de estos lugares con los cambios que se venían efectuando en la ciudad se habían convertido en sitios de paseos vespertinos, de representaciones culturales y de retretas. Había que sacar a los pobres del paisaje mientras los ricos imaginaban pasear por París o por Madrid. Se crea un espacio público, pero el público debe ser seleccionado. El espacio donde se supone todos deben participar, donde se construye sentido y memoria, donde se confronta, es sólo para el disfrute de unos cuantos. (Ortiz, 2003).

Con el devenir histórico, la situación ha cambiado. Nueve décadas después ya no son los señores, señoras y señoritas con abolengo los que se pasean por el Centenario para disfrutar de los aires modernizadores de la ciudad. Ahora, hay una multitud de actores sociales populares que con sus distintos usos y prácticas le imprimen nuevos sentidos a este parque. Jugadores de cartas, de dominó, vendedores ambulantes y estacionarios, deportistas, gamines, cuentachistes, predicadores, prostitutas, pensionados, estudiantes y drogadictos son ahora los habitantes y usuarios del parque.

En la actualidad ya muy alejado de esos “años dorados”, el parque Centenario es un espacio público marginalizado, despojado de su antiguo prestigio o carga simbólica. Y aunque el lugar ya no representa para los sujetos ese espacio honorable que conmemora un hecho glorioso (hecho que por cierto la mayoría de los sujetos populares no conoce muy bien), sería un atrevimiento decir que es hoy un espacio sin valor. Se trata más bien de un lugar que ha sido resignificado por los sujetos populares que diariamente lo intervienen puesto que representa para ellos un espacio de expresión, de encuentro y de fortalecimiento de lazos fraternales, aún cuando sea un espacio marginal dentro de los planes de los promotores de la ciudad.

Veamos, por ejemplo lo que respondió un usuario del parque al preguntarle que significa este lugar para él:

La verdad es que como buen cartagenero que soy me gusta bastante, eh... no hablemos de que sea un símbolo, pero sí un parque recreacional donde uno se divierte. Donde se divierte todo el mundo, significa mucho (...) yo digo que este es uno de los parques que más se usa porque si ustedes se dan cuenta ya desde las siete, ocho de la mañana ya la gente está transitando. Ustedes vienen aquí y se dan cuenta que nunca se van a encontrar solas aquí; siempre la gran mayoría de personas aquí vienen que los asuntos los quieren arreglar. Siempre está el novio con la novia que están arreglando cuentas; que está la chancera, que está el del Bon-ice, así que... hay mucho... También es un sector donde pasan de un lado para otro, así que el parque nunca anda sólo y la gente se disfruta y se divierte mucho aquí⁶. (Humberto Zúñiga-23 de agosto del 2006).

⁶ La transcripción de ésta y todas las citas incluidas corresponde al habla real de los sujetos entrevistados.

Resulta irónico, por ejemplo, que una práctica popular como la narración de chistes se realice justo en el Obelisco, monumento que por su valor simbólico llegó a ser uno de los más importantes para la élite de la ciudad. Las palabras obscenas y los movimientos corporales sugestivos y grotescos desafían cotidianamente la historia y la solemnidad del Obelisco, inaugurado en 1911 con todos los honores “para perpetuar la memoria de los célebres varones que el 11 de noviembre de 1811 firmaron la Independencia de Cartagena”. (Martínez Bermúdez, 2005).



Foto: Waydi Miranda

Público presente en el Obelisco antes de iniciar la performance de los cuentachistes.



Foto: Néstor Melchor

Público presente en el Obelisco durante la performance de los cuentachistes.

Contar chistes en este lugar puede leerse entonces como la resignificación de un espacio por parte de los sujetos subalternizados, no sólo porque burla el honor de un lugar “histórico memorable”; sino también porque es una práctica popular que se sigue desarrollando a pesar del disgusto del sector oficial que sigue asociando –como hemos visto– lo popular con la periferia, periferia que como bien lo señaló Ortiz (2003:51) “se entiende como el espacio del desorden, la trasgresión, la barbarie y el desenfreno, donde habitan los elementos que ponen en tela de juicio el orden y la modernidad pretendida”.

Desde la cotidianidad los actores sociales le otorgan nuevos sentidos a los lugares de la ciudad, creando así otros espacios que remiten a los modos particulares que éstos tienen de apropiarse de ella.

Para teorizar el poder activo de los usuarios de la ciudad, Michel De Certeau hizo la distinción entre espacio y lugar, partiendo precisamente de la idea de que las configuraciones espaciales adquieren múltiples sentidos por acción de los múltiples actores sociales que intervienen en ellas. Según De Certeau (1996:129), un lugar es una “configuración instantánea de posiciones e implica una indicación de estabilidad”. Mientras que el espacio, a diferencia del lugar, “carece de la univocidad y de la estabilidad de un sitio propio (...). En suma, el espacio es un lugar practicado. Así, la calle definida por el urbanismo se convierte en espacio por intervención de los caminantes”.

La diferencia es clara, mientras que el lugar remite a un sitio geográficamente estable y definido, el espacio nos traslada al plano de la acción social y de las prácticas culturales que le otorgan un valor a un determinado lugar. De esta manera, puede decirse que el parque Centenario es un lugar que alberga en su interior múltiples espacios (narración de chistes, prácticas deportivas, predicación del evangelio, casa de citas, etc.), o que se trata de un lugar “practicado” de formas diferentes.

Los sujetos que “practican” el parque, no siguen la lógica oficial ni sus usos corresponden a la solemnidad ni al sentido unívoco de dicha lógica, sino que lo convierten en una “unidad polivalente”. En otras palabras, el parque Centenario pierde su significado inicial, pero adquiere otros nuevos al convertirse en un espacio donde confluyen prácticas múltiples y heterogéneas importantes para los sujetos populares. La narración de chistes y la predicación del evangelio son dos de esas múltiples prácticas que han ido consolidando dos ejemplos distintos de cómo la clase popular se abre paso, en medio de la vigilancia y la indiferencia de los sectores oficiales de la ciudad, para crear sus propios espacios de expresión. De allí que podamos afirmar que el parque Centenario pasó de albergar la legitimidad de la élite a ser apropiado por la “ilegitimidad” de lo popular.

Usos y sentidos del parque Centenario

Los sujetos populares en Cartagena fomentan sus propios espacios de socialidad, muchas veces al margen dictaminado oficialmente como norma. Así, el cartagenero raso no pasea por los sitios turísticos de la ciudad, no hace un “tour” por los distintos monumentos, ni se sienta a departir con los amigos en las plazas de Santo Domingo o Santa Teresa; sino que busca otros espacios alternos de diversión, interacción o esparcimiento como la narración de chistes, la predicación del evangelio, un juego de cartas o de dominó en el parque Centenario; procurando mantener de esta manera espacios de socialidad dentro de un contexto urbanizado cuyo espacio público está pensado más para el comercio y el turismo que para un uso social.

La frecuencia con que la gente asiste al parque a escuchar los chistes de *El Uso Carruso* y *El Cuchilla Geles* es signo de la gran importancia que este espacio tiene para la sociedad popular cartagenera. Hemos podido observar, como este “*show* humorístico” se convierte en una forma alternativa de diversión tan importante como ir a cine, o tomarse una cerveza en la esquina del barrio; y así lo reconocen sus propios actores. En varias ocasiones durante su presentación *El Uso Carruso* ha expresado que su programa “ofrece el mismo entretenimiento que una película y hasta más barato” y en una oportunidad un miembro del público manifestó que “escuchar estos chistes divierte más que ver televisión”. (octubre 12/06).

Si bien hay personas que se acercan al ruedo sólo de paso, deteniendo por un momento su recorrido para escuchar dos o tres chistes y luego se van; hay muchos sujetos que han incorporado la asistencia al programa *Atardeceres de risa* a su itinerario habitual, convirtiéndose para ellos en otra forma de aprovechar el tiempo libre. De ahí, que el novio lleve al parque a su novia, que los estudiantes acudan en grupo después de clases, que los trabajadores lleguen después de acabar con sus labores e incluso que los padres vagan con sus familias a pasar un rato agradable.

Según los cuentachistes y su numeroso público, el programa permite a sus seguidores relajarse y descansar después de las labores diarias.

Esto fue lo que expresaron dos asistentes sobre el motivo de su presencia constante en el programa *Atardeceres de risa*:

Uno aquí escuchando los chistes se relaja, por lo menos aquí, vienen otras personas con problemas, aquí eh... escuchan los chistes y ya se olvidan de los problemas/y chistes que dan bastante risa/y aquí uno lleva como otra imagen a su casa/ y así empieza como riéndose y siempre es bueno/ y aquí uno conoce mucha gente/ y después del chiste viene el que hace las maromas/ y el de los clavos/ y ajá un parque donde es bastante divertido. (Humberto Zúñiga-23 de agosto/06).

La mayoría de los que vienen aquí vienen es a divertirse, a entretenerse ahí escuchando chistes, que pierden hasta cosas que tienen que hacer por quedarse aquí escuchando. (Ana Mendoza-1 de marzo de 2007).

Es tal el sentido que esta práctica tiene para los habitantes del parque, que el investigador Arturo Zea Solano no duda en afirmar en su estudio *parque Centenario: historia y usos actuales* que los cuentachistes son ídolos de la cultura popular (...). Con los cuentachistes y su leal y emotiva afición se perfila una alegre resistencia contra el abandono distrital y ante la ausencia de espectáculos y de una programación cultural oficial". (Zea Solano, 2002:35).

Los predicadores, por su parte, también le imprimen un nuevo significado al parque Centenario, convirtiéndolo en un sitio en donde además de divertirse, la gente puede ir a "rectificar sus vidas" y "abandonar el pecado". Para el *hermano Dilson* y la *hermana Edilsa* el parque les permite llevar a cabo su misión evangelizadora puesto que es un sitio estratégico por donde circulan muchas personas:

El parque Centenario para mí es importante, porque en el parque Centenario vienen vidas, y el parque Centenario es un lugar, un lugar maravilloso para predicar la palabra de Dios porque aquí hay veces que vienen multitudes; en este parque hay veces que esto se llena y es como un sitio adecuado para predicar la palabra de Dios. A mí me parece que este parque está en un lugar para nosotros tirar la red. (Hermana Edilsa - 13 de diciembre de 2006).

Podemos ver entonces, como las prácticas significativas de los sujetos populares en Cartagena hacen parte de una especie de táctica⁷ para sobrellevar la falta de espacios de recreación y de encuentro entre ciudadanos en los espacios públicos de la ciudad.

Ahora, ¿funcionan éstas prácticas culturales como espacios de escenificación y puesta en cuestión de las tensiones sociales que viven los sujetos en la ciudad? Definitivamente sí. Estas performances se convierten en espacios desde los cuales Artistas y Evangelistas exigen que se les posibiliten de una vez por todas, nuevos canales de participación y producción simbólica. Incluso, hay especialmente con la narración de chistes, un desmoronamiento de los valores institucionalizados como válidos, hay una desacralización de una sociedad que promulga unos valores al tiempo que se arroga el derecho de infringirlos. No olvidemos que ésta es una práctica que como muchas de las realizadas por sujetos populares al tiempo que se repudia, seduce.

Es curioso, por ejemplo, que una sociedad como la cartagenera, mayoritariamente machista, que prefiere ver a las mujeres encerradas en su hogar, y no detenidas en una plaza escuchando chistes de grueso calibre, contrate a estos humoristas para amenizar sus reuniones privadas con palabras que, en público y especialmente en un parque estigmatizado, son consideradas plebes o vulgares (mondá, malparido, verga, etc.). Esta sociedad condena públicamente los chistes narrados en parques y plazas, pero en privado y en medio de unos tragos sin la exhibición social se convierten en motivo de gran hilaridad, pues existe un “código común” que indica que en público las personas deben demostrar respeto y recato.⁸

Así mismo, tampoco no es raro ver, que antes de que empiece el programa *Atardeceres de risa*, los humoristas y las personas que acuden al ruedo discutan o intercambien opiniones acerca de la situación social del país o de algún problema que aqueje a la ciudad. En consecuencia, podemos afirmar que asistir a la plaza a escuchar chistes se convierte en un espacio de distensión o relajación de las cargas laborales y/o escolares, al tiempo que es un espacio en el que se libera el poder de la crítica y la subversión.

Mientras que para algunos Cartageneros el parque Centenario es sólo un espacio de tránsito por su “peligrosidad” y sus habitantes poco “decentes”, para los humoristas es su lugar de trabajo y el espacio donde han consolidado una “identidad” con la que esperan poder acceder a una legitimidad social; y para los predicadores es un espacio “mundano” que al ser transitado por un gran número de personas ofrece la posibilidad

⁷ Según De Certeau, «las tácticas son procedimientos que valen por la pertinencia que dan al tiempo en las circunstancias que el instante preciso de una intervención transforma en situación favorable, en la rapidez de movimientos que combinan la organización del espacio, en las relaciones entre momentos sucesivos de una “jugarreta”, en los cruzamientos posibles de duraciones y de ritmos heterogéneos, etc. ».

⁸ En barrios de élite como Manga y Bocagrande los cuentachistes son invitados para amenizar fiestas y reuniones privadas con los mismos chistes “obscenos” que narran en el parque Centenario. Para ampliar sobre el comportamiento contradictorio de la élite de la ciudad, ver el trabajo realizado por Ortiz en *Desorden en la plaza*, donde comenta que mientras la élite condenaba las manifestaciones culturales del pueblo, en la noche los “señoritos” se escapaban a escondidas de sus reuniones sociales para irse a los bailes populares del pueblo cartagenero. “Modernización y desorden en Cartagena 1911-1930: amalgama de ritmos”. En: *Desorden en la plaza. Modernización y memoria urbana en Cartagena*. (Autores varios) Cartagena: Instituto Distrital de Cultura, 2001.

de atraer y convertir un buen número de corazones y ganarse de paso su lugar en el reino de Dios.

Durante la ejecución del servicio evangélico y el programa *Atardeceres de risa*, hay un derroche de espontaneidad que no permite la censura ante los cuerpos que parecen dispuestos a relajarse; todos exhiben grandes carcajadas y/o alabanzas que junto a la presencia de los cuentachistes y los predicadores le otorga otros sentidos al parque, haciendo posible que diariamente entre “extraños urbanos” se forme una “comunidad efímera” que asegura la continuidad de éstas prácticas, que gracias a los múltiples sentidos que generan se han convertido en verdaderos rituales urbanos.

Como afirma Maffessoli “El ritual proclama el retorno de lo mismo (...) a través de la multiplicidad de los gestos rutinarios o cotidianos, el ritual recuerda a la comunidad que forma cuerpo (...). La comunidad «agota su energía en su propia creación. El ritual, por su misma repetitividad es el índice más seguro de este agotamiento; pero por ello mismo, asegura el perdurar del grupo». (1990:46).

Pero, no hay que olvidar, que estos rituales urbanos son actualizados diariamente por cuentachistes, predicadores y audiencia; se trata de prácticas culturales que al ser puestas en escena, generan la posibilidad de ser transformadas constantemente por sus participantes. Se trata en últimas de Rituales Urbanos que al decir de Maffessoli (1990:57):

Dan cumplida cuenta de una sensibilidad colectiva que tiene bastante poco que ver con el dominio económico-político que ha caracterizado a la modernidad. Esta sensibilidad no se inscribe ya en una racionalidad orientada y finalizada, sino que se vive en el presente, y se reinscribe en un espacio dado –en este caso el parque Centenario– (...) y, de este modo, hace “cultura” en términos cotidianos, a la vez que permite la emergencia de verdaderos valores. A menudo asombrosos o chocantes, pero en todo caso ilustrativos de una dinámica innegable.

Sensibilidad o emoción colectiva que nos ayuda a entender –entre líneas- la importancia que tienen estas performances para esas “masas efímeras” que diariamente se acercan y se congregan en el parque, convirtiéndolo –como veremos en el siguiente apartado– en parte de sus recorridos habituales; y permitiéndonos visualizar a la vez cómo los sujetos usan y recorren el parque, y con él un fragmento de la ciudad.

En resumen, gracias a la intervención diaria de los cuentachistes, predicadores y transeúntes el parque se constituye en un lugar de encuentro para los ciudadanos, pero sobre todo en un lugar con múltiples espacios que fomentan el diálogo, la interacción y por tanto la posibilidad del reconocimiento de la alteridad.

Andar en el parque: una forma de hacer ciudad

Los actores sociales con sus recorridos y desvíos diarios habitan e intervienen de forma diferente las ciudades, privilegiando con su tránsito algunos espacios públicos generadores de sentidos para su cotidianidad. Es por ello, que aunque el proyecto urbanístico moderno pretenda hacer de la ciudad un lugar con recorridos preestablecidos e imponga el sentido que deben tener ciertos lugares, los ciudadanos que la habitan son quienes la construyen diariamente, alterando los planes de dicho proyecto y

apropiándose de manera diferente de los lugares, creando con sus recorridos un mapa alternativo al margen del plano oficial.

Precisamente, los múltiples usos que diferentes actores hacen del parque Centenario nos lleva a considerarlo como un *microtexto* dentro del gran texto que es la ciudad, *microtexto* en el cual se puede leer la fragmentación, la heterogeneidad y las contradicciones de lo urbano moderno, así como los desplazamientos (recorridos y desvíos) que los sujetos sociales hacen dentro de ella. En palabras de Delgado:

La calle, el bulevar, la avenida, la plaza, la red vial en general, se convierten en mucho más que un instrumento al servicio de las funciones comunicacionales de la ciudad, un vehículo para el intercambio circulatorio entre sitios. Son ante todo, el marco en que un universo polimórfico e innumerable desarrolla sus propias teatralidades, su desbarajuste, el escenario irisado en que una sociedad *incalculable* despliega una expresividad muchas veces espasmódica. (1999:181).

Así, pese a que el poder urbanístico modernizador proyecta una ciudad determinada, lo cierto es que en el interior de ésta se configuran múltiples prácticas cotidianas minúsculas que contradicen el orden dictaminado por los grupos de poder. Decimos minúsculas, no en el sentido de irrelevantes o poco importantes, sino en el sentido de que son prácticas a pequeña escala que comprometen a ciertos sectores de la ciudad.

En otros términos, mientras los urbanistas se valen de ciertas estrategias que “ponen sus esperanzas en la resistencia que el establecimiento de un lugar ofrece al deterioro del tiempo” (De Certeau, 1996); los usuarios se valen de ciertas tácticas para usar los lugares según su conveniencia dándose así el lujo de hacer paradas o estaciones que pueden ser transgresoras para el “buen andar ciudadano”.

Ahora, si bien se va al parque albergando expectativas diversas –cruce de una avenida a otra, paseo, obtención de algún servicio (drogas, prostitutas, ventas de libros, de dulces, etc.)–, los sujetos populares continúan cumpliendo la cita que diariamente tienen con los cuentachistes y/o predicadores, para redescubrir el goce del intercambio, de cambiar opiniones, de mostrarse y por qué no de dejarse encontrar. Algunos asistentes, conversan entre ellos, ríen a carcajadas o rezan en voz baja, mientras otros llegan, se asoman por alguna circunstancia y luego se van. Aunque ese llegar e irse es también una forma de hacer ciudad.



Foto: Waydi Miranda

Transeúntes en el parque Centenario

En consecuencia, esas maneras de andar en el parque Centenario se configuran en prácticas culturales por medio de las cuales los usuarios del espacio urbano se reapropian de manera diferente de los lugares organizados por los urbanistas y planificadores oficiales. A propósito, Manuel Delgado afirma que “el peatón ordinario es quien reinventa los espacios planeados, los somete a sus ardides, los emplea a su antojo, imponiéndole sus recorridos a cualquier modelamiento previo políticamente determinado”. (1999:182). Y esto es precisamente lo que ocurre con las prácticas y los actores sociales que aquí estudiamos.

Pese a que desde su concepción oficial, la creación de lugares como el Centenario fueron construidos como sitios restringidos para cierto tipo de grupos sociales, como una forma especializada de la exclusión y segregación urbana, los sujetos populares cartageneros han logrado con sus performances construir otras metáforas urbanas que dan cuenta de sus representaciones simbólicas. Esas mismas performances hacen parte de una especie de trasgresión al “buen andar” de los planificadores locales. Se trata en últimas, de otros modos de habitar e intervenir la ciudad. A la ciudad planificada por los arquitectos y urbanistas se le opone una ciudad practicada por los sujetos sociales desde su cotidianidad.

Aunque al decir de Wollrad “la segregación espacial de la ciudad, los condominios, fortalezas, los centros comerciales de alta vigilancia y las autopistas rempazan los puntos de encuentro por puntos entre los cuales circulamos, puntos de desencuentro que ofrecen un anonimato que sugiere seguridad”, (Wollrad y Carrión,1999), estamos de acuerdo con Vergara en que “para un sector importante y mayoritario aún son las trayectorias e itinerarios de la ciudad los que articulan los lugares pertenecientes a diferentes circuitos y campos, y son esos recorridos los que actualizan una manera de ver, representar, habitar, imaginar, y recorrer la ciudad”. (Vergara,2006).

En este sentido, la operación de ir, deambular, llegar y detenerse en el parque Centenario es parte de ese “andar la ciudad”, que da cuenta de los modos como los sujetos sociales se relacionan con ella desde las experiencias espaciales que privilegian con sus múltiples recorridos.

La narración de chistes y la predicación del evangelio se convierten en cierto modo en una especie de desvío o de tácticas creadas por sus integrantes, puesto que hay sujetos que frecuentemente interrumpen su recorrido habitual dictado por los horarios laborales y/o escolares, y se detienen a alabar a Dios junto con los predicadores, o a escuchar a los cuentachistes en el parque centenario.

Vemos entonces, cómo los ciudadanos al decir de Silva “hacen la ciudad desde siempre interviniéndola” (Silva, 2001) y como esta intervención aunque no hace parte de los trazados del proyecto urbanístico oficial es parte importante de la dimensión social y urbana de la vida de los sujetos populares en Cartagena; quienes nos han demostrado que:

Más allá de los planos y las maquetas, la urbanidad es, sobretodo, la sociedad que los ciudadanos producen y las maneras como la forma urbana es *gastada*, por así decirlo, por sus usuarios. Son éstos quienes, en un determinado momento, pueden desentenderse –y de hecho se desentienden con cierta asiduidad– de las directrices urbanísticas oficiales y constelar sus propias formas de territorialización, modalidades siempre

efímeras y transversales de pensar y utilizar los engranajes que hacen posible la ciudad”. (Delgado,1999)

Conclusión

La narración de chistes y la predicación del evangelio se constituyen en prácticas culturales que hacen parte de una ritualidad urbana en la que sus miembros habitan e intervienen de manera colectiva el parque Centenario y con él un fragmento de la ciudad de Cartagena. Con narradores y predicadores diversos actores sociales construyen sus propios espacios de comunicación o de interacción a través de las prácticas culturales en las que despliegan sus identidades individuales y grupales. Este proceso de construcción de nuevos espacios se hace de manera aparentemente arbitraria y, de hecho, conflictiva, ya que los sujetos sociales prefieren ignorar las imposiciones de sentido que hace la élite y usan bajo su propias lógicas estos sitios, imponiéndoles significados y apropiándose de ellos como su territorio. Así, el parque Centenario, lugar donde se cristalizan dichas prácticas es la afirmación de un espacio *practicado* más que de un espacio “construido para”. Se trata de nuevas formas de habitar los espacios y de (re)crear las relaciones entre sus integrantes para hacer frente, de la manera más provechosa, a la fragmentación y a la dispersión que proliferan en el contexto urbano de la Cartagena actual.

Bibliografía

- Álvarez P., Rubén Darío (2006). “Los asalariados del chiste”. *El Universal*. Cartagena (18 de Junio del 2006): p.2B.
- Bajtín, Mijail. (1995). *La cultura popular en la Edad Media y el Renacimiento. El contexto de François Rabelais*. Madrid: Alianza Editorial.
- Borja, Jordi (2001). “La ciudad del deseo”. En: *La ciudad construida. Urbanismo en América Latina*. Fernando Carrión (editor). Quito: FLACSO.
- Bourdieu, Pierre (1995). *Respuestas por una antropología reflexiva*. México: Grijalbo.
- Canepa, Gisela (2001) “Formas de cultura expresiva y la etnografía de lo local”. En: *Identidades representadas. Performances, experiencia y método en los Andes*. Lima: PUCP.
- Casas Orrego, Álvaro León (1994) “Expansión y Modernidad en Cartagena de Indias 1885-1930”. En: *Revista Historia y Cultura*, N°3. Cartagena: Universidad de Cartagena, Facultad de Ciencias Humanas.
- De Certeau, Michel (1996). *La invención de lo cotidiano. Artes del hacer*. México: Universidad Iberoamericana.
- Delgado, Manuel (1999). *El animal público*. Barcelona: Anagrama.
- Eco, Humberto. (2004) *El nombre de la rosa*. Bogotá: Casa Editorial El Tiempo.
- Escamilla, Julio (1998) “Contratos y estrategias de carácter discursivo”. En: *Fundamentos semiolingüísticos de la actividad discursiva*. Barranquilla: Universidad del Atlántico.
- Freud, Sigmund (1970) *El chiste y su relación con lo inconsciente*. Madrid: Alianza Editorial.
- Gómez B., Juan. (AÑO) “El chiste: una aproximación sociolingüística”. En: *Revista Forma y Función*. V.1. Bogotá: Universidad Nacional.
- Jackobson, Roman (1984). *Fundamentos del lenguaje*. Madrid: Ayuso.
- Maffesoli, Michel (1990). *El tiempo de las tribus: el declive del individualismo en las sociedades de masas*. Barcelona: Icaria.

- Martín-Babero, Jesús. (2003). *De los medios a las mediaciones*. Bogotá: Convenio Andrés Bello.
- Martínez Bermúdez, Elvis (2005) “En el Centenario se vivió ayer un festivo diferente”. En: *El Universal*, Cartagena (10 de agosto, 2005); P.3A
- Nieves Oviedo, Jorge (1997) “Acerca de la competencia sociocultural”. Revista *Historia y cultura*, N°5. Cartagena: Universidad de Cartagena, Facultad de Ciencias Humanas.
- Nieves Oviedo, Jorge (2003). *Vislumbres de Caribe: Iconografías y textualidades híbridas en Cartagena de Indias*. Cartagena: Observatorio del Caribe Colombiano.
- Ontiveros, Diego. *El discurso social del chiste*. (Vía Internet: www.argiropolis.com).
- Ortiz Cassiani, Javier (2001) “Modernización y desorden en Cartagena, 1911-1930: amalgama de ritmos”. En: *Desorden en la plaza. Modernización y memoria urbana en Cartagena*. (Autores varios) Cartagena: Instituto Distrital de cultura.
- Ortiz Cassiani, Javier (2001). “Élite y cultura popular en Cartagena”. En: Revista *Noventa y Nueve*, N° 2. Cartagena.
- Ortiz Cassiani, Javier (2003). “Espacio público: entre la democracia y la fragmentación. Una larga historia de trato y maltrato”. En: Revista *Aguaita*. N° 9. Cartagena.
- Puello Sarabia, Cielo (2005). *La construcción de una imagen: análisis del discurso fotográfico como estrategia de auto-representación de la élite cartagenera 1900-1930*. Cartagena: Universidad de Cartagena, Facultad de Ciencias Humanas. Tesis de grado.
- Signorelli, Amalia (1999) *Antropología Urbana*. Barcelona: Universidad Autónoma Metropolitana.
- Silva, Armando (2001) “Algunos imaginarios urbanos desde centros históricos de América Latina”. En: *La ciudad construida. Urbanismo en América Latina*. Fernando Carrión (editor). Quito: Flacso.
- Vergara, Abilio (2006) “Espacio, lugar y ciudad: etnografía de un parque”. En: *Lugares e Imaginarios en las metrópolis*. Alicia Lindón, Miguel Ángel Aguilar y Daniel Hiernaux (coord.). España: Universidad Autónoma Metropolitana.
- Vich, Víctor (2001) *El discurso de la calle. Los cómicos ambulantes y las tensiones de la modernidad en el Perú*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- Vich, Víctor y Zabala Virginia (2004) *Oralidad y poder: herramientas metodológicas*. Bogotá: Norma.
- Vigara Tauste, Ana María. “Sobre el chiste. Texto lúdico” En: www.ucm.es/info/especulo/numero10/chiste/.html.
- Wollrad, Dorte y Carrión, Fernando. (comp.).(1999) *Introducción. La ciudad escenario de Comunicación*. Ecuador: FLACSO.
- Zea Solano, Arturo (2002) “El parque Centenario: Historia y usos actuales”. En: Revista *Palabra*. N° 3.